

La tecnocracia y su introducción en España, de Jesús M. Zaratiegui. Ediciones Universidad de Valladolid, 2019, 156 pp. ISBN: 978-84-1320-056-9

Desde que Ramiro de Maeztu preconizase el poder para los expertos, hasta la gestión de la crisis económica de 2008-2013, la tecnocracia ha sido objeto de debate en España. Un debate a veces subterráneo, pero que alcanza cierta fluidez al correr del tiempo.

En esta ocasión, Jesús M. Zaratiegui, profesor de la Universidad de Navarra, traza un recorrido en torno a la teoría y la práctica tecnocrática en nuestro país, a partir de la Dictadura de Primo de Rivera, desembocando en el postfranquismo. Para ello, el autor analiza el criterio de los foros académicos, los medios de comunicación y las esferas oficiales al respecto, para que de ahí extraiga el lector sus propias conclusiones. Como en anteriores títulos, Zaratiegui aporta una poco conocida historia de la correlación de fuerzas dentro de los distintos regímenes españoles a propósito del papel de la planificación económica. Una historia con un espejo rival al fondo: Francia.

Los antecedentes históricos de la tecnocracia son estudiados en el primer capítulo de la obra. De Saint-Simon a Thorstein Veblen, sabemos que la *technocracy* es un tema recurrente en la historia del pensamiento económico. Se rememora el grupo de la Universidad de Columbia, con el vebleniano Howard Scott al frente, ensalzado por el diplomático catalanista Gabriel Alomar, hasta el derrumbe del grupo a raíz de la Gran Depresión de 1929 y el auge del keynesianismo. Es significativo que *Revista de Occidente*, creada por Ortega y Gasset, pese a la admiración del filósofo madrileño por la técnica, publicase un alegato (*¿Qué es la tecnocracia?*, Allen Raymond, 1932), que refutaba al completo la tesis de Scott. Se trata de una cuestión recurrente en el caso español: los escritores conservadores no se pusieron de acuerdo acerca de la importancia de los especialistas a la hora de proponer una agenda económica reformista.

Maeztu, en calidad de precursor, así como el primorriverismo, experimento pionero en regla, componen los capítulos segundo y tercero, respectivamente. *El sentido reverencial del dinero* (1925) del ensayista alavés fue, en opinión del autor, el hilo común que va de los mauristas a los opusdeistas, pasando por José Calvo-Sotelo y Acción Española, intensificándose en ese periodo, según se demuestra, la división interna en la derecha española a propósito de la tecnocracia.

No obstante, la idea de la planificación indicativa volvió con fuerza en la Europa de postguerra. La teoría y la práctica de la tecnocracia en la Francia de los años cincuenta protagonizó aquel modelo. Los siguientes cuatro capítulos abordan la cuestión. La práctica de confiar a una serie de expertos independientes la puesta en marcha de un proyecto de refor-

ma era antigua en el país vecino. A partir de 1958, la V República de De Gaulle hizo en parte propia la protesta anti-fiscalista de los pequeños propietarios, para después abandonarlos en favor de las clases modernizadoras emergentes.

Modelizada desde París, la recepción de la teoría tecnocrática en España, en las dos siguientes décadas, contó asimismo con dos bandos mejor preparados para rebatirse mutuamente. Son los sucesivos cinco capítulos, el núcleo central del texto. De una parte, el Instituto de Estudios Políticos, con Javier Conde y Manuel Fraga al frente, bastión de la ofensiva antitecnocrática. La Organización Sindical participó de igual forma. De otro lado, la visión matizada y positiva del fenómeno desde las páginas de la revista *Arbor* (CSIC) a cargo de Rafael Calvo Serer y Florentino Pérez Embid. A la altura de 1964, el rechazo a los Planes de Desarrollo de Laureano López Rodó vino de la mano de politólogos y juristas como Pablo Lucas Verdú, Dalmacio Negro y Juan Vallet de Goytisolo. El desarrollismo fue también simultáneamente cuestionado por los principales economistas del país: Luis Gámir, Luis Ángel Rojo, José Luis Sampedro, Ramón Tamames, etc. Lo cierto es que, tras leer el libro, se confirma que la tecnocracia no tuvo intelectuales de talla, salvo Gonzalo Fernández de la Mora en *El crepúsculo de las ideologías* (1965). El ministro de Obras Públicas se convertiría en alto representante de «la Edad de Oro antiliberal» (González Cuevas).

Con todo, la tecnocracia en 1957-1973 protagonizaría algunos hitos de cara al futuro: el origen del cuerpo de Economistas del Estado (1957); el Plan de Estabilización (1959); el ingreso en la OCDE y el FMI (1958); el Informe del Banco Mundial (1962); y la firma del Acuerdo Preferencial con la CEE (1970). Después, los tecnócratas quedaron finalmente lisiados con los Planes tras el shock petrolífero y la estanflación de 1973. En medio, según advierte el autor, dentro de la Administración hubo loables intentos de lógica económica. Por ejemplo, la revista *Hacienda Pública Española*, dirigida por Enrique Fuentes Quintana, abogando «por derribar las barreras existentes entre una racional estructura fiscal y la estructura económica, como vía hacia la reforma política».

El final de la dictadura de Franco fue el final de una serie de técnicos que presumían de apolitismo. Se repitieron en la Transición, no obstante, ciertos ecos del pasado. Los gobiernos del PSOE a partir de 1986 resultaron tildados, a izquierda y derecha, de tecnócratas. Como apunta Zaratiegui,

la Gran Recesión de 2008 asimismo «conllevó el aumento de la selección de ‘técnicos’ para carteras ministeriales ante exigencias neoliberales». El autor se pregunta, pues, si asistimos a un renacimiento de la tecnocracia en Occidente. Si en la tecnocracia late un pensamiento realmente conservador, como demuestra el libro, «la concentración del poder económico, sumado al político y a la tecnología como instrumento de dominación, bloquea todo tipo de disensión». El Banco Central Europeo, que determina la solvencia de la deuda pública de un Estado

sin rendir cuentas a nadie es, a su juicio, una prueba más en este sentido.

La tecnocracia posee todavía atractivo. El actual descontento general con la democracia propicia el auge de las soluciones rápidas. En la hora de toda gama de populismos, el debate tecnocrático se manifiesta aquí, continúa.

Antonio Nogueira Centenera
Universidad Rey Juan Carlos
antonio.nogueira@urjc.es